

GONZALO VARELA

LA CULTURA POLÍTICA DE LAS UNIVERSIDADES DE CARA AL SIGLO XXI

La política en las universidades

Contrariamente a lo que puede creerse, buena parte de las universidades latinoamericanas ingresó al siglo xx bajo el signo de la modernidad y apoyada de una forma u otra por gobiernos que veían en la actualización de los programas de estudio profesionales una necesidad de la nación respectiva.¹ Ello no aseguraba sin embargo una conformidad de los estudiantes con la marcha de las casas de estudio: puede ser igualmente curioso comprobar que problemas como el de la pertinencia de exámenes y planes de estudio, las relaciones de autoridad entre alumnos, profesores y directores, o la educación integral de los estudiantes, eran discutidos inclusive antes de que estallara el movimiento reformista de 1918 y de que la brújula política de los educandos girara hacia la izquierda. En 1908, el Primer Congreso Internacional de Estudiantes Americanos, celebrado en Montevideo, llegó incluso a aprobar una moción de privatización de las universidades públicas!² Aparte de responder a las ideas liberales y positivistas de la época, la resolución reflejaba la sensación de disgusto de los estudiantes por el hecho de verse privados, en la mayoría de los casos, de participación en los gobiernos universitarios.

Esto nos introduce a la cuestión de la centralidad que siempre ha tenido la política, en distintos aspectos, dentro de la vida universitaria. Sea en sentido lato, como toma de posición ante los dilemas nacionales; sea en sentido especializado —pero no menos importante—, como discusión acerca de las medidas educativas a adoptar en

el nivel superior o en otros niveles; también en sentido pragmático, como presión de grupo para lograr concesiones y beneficios; o en sentido espurio, como intento de someter a la universidad a intereses partidarios. En sus aspectos más o menos elevados, dicha omnipresencia subraya en todo caso el fuerte enraizamiento de las universidades en las gravitantes realidades sociales. Por otra parte, la práctica reiterada de la política en los claustros llevaba, en forma consciente o espontánea, a la generación de culturas políticas, ya sea como conductas estabilizadas y más o menos institucionalizadas, ya sea como parte aceptada de la formación de una conciencia y de un bagaje intelectual del educando. Esto era un intento por civilizar y dar signo formativo a una realidad que de todos modos existía. Tal preocupación animaba a los círculos de activistas estudiantiles por razones obvias; también a veces, y en la medida en que transcurrió el tiempo, a las mismas autoridades universitarias, que llegaron a aceptar que la política (en su sentido civilizado) también es parte de la formación educativa; y a las agrupaciones políticas internas o externas a la universidad, que se beneficiaban con los cuadros juveniles fogueados en la práctica universitaria.

Cabe decir que el interés de los universitarios —y particularmente de los estudiantes— por la política tiene raíces viejas. Se relaciona con el papel de la universidad como formadora de élites, y en este sentido las universidades tradicionales, decimonónicas, tenían una importante carga política implícita. En aquella época, más que ahora, se esperaba que todo egresado universitario —dado lo reducido de su número y lo elevado de su formación intelectual— fuera en potencia un dirigente social, aunque no se dedicara estrictamente a la política. Algunas profesiones liberales, como la de abogado o de médico, nutrían sistemáticamente a los cuadros gubernamentales y partidarios. Pero a diferencia de lo que sucedería a partir de los años veinte de este siglo, lo político y lo social no era entonces algo que se cultivara expresamente en las universidades. Esto es lo que marca la diferencia entre la univer-

¹ También hubo, por supuesto, universidades y gobiernos que siguieron sumidos en el anacronismo. Sobre estas diferencias ver Juan Carlos Portantiero, *Estudiantes y política en América Latina*, México, Siglo XXI, 1978, y Gonzalo Varela, "El problema político de la universidad", *Foro Internacional*, Núm. 124 (1991).

² Mark Van Aken, *Los militantes. Una historia del movimiento estudiantil universitario uruguayo*, Montevideo, Fundación de Cultura Universitaria, 1990, pp. 40-41. El congreso citado no debe confundirse con el Congreso Internacional de Estudiantes realizado en México en 1921.

sidad del siglo pasado y la del presente, y —relativamente— entre las universidades latinoamericanas y las de otras regiones del mundo, al menos hasta la década de 1960.³

Pero no nos adelantemos. Examinemos por pasos la evolución histórica, para discernir el papel que ha tenido y puede seguir teniendo en el futuro la cultura política universitaria.

Las etapas de la socialización política

Las más importantes universidades latinoamericanas (y la UNAM es sin duda una de ellas) han pasado en este siglo, sin perjuicio de sus diferencias respectivas,⁴ por tres etapas que podemos simplificar como sigue, atendiendo a la relación entre organización académica y cultura política:

1) Etapa de la reforma, que se da sustancialmente entre los años veinte y treinta. En el transcurso de ella se produce una intensa discusión acerca de la innovación académica (actualización de currícula, educación integral, cátedras libres, contratación de profesores sujeta a revisión periódica de acuerdo con rendimiento) acompañada de una marcada sensibilidad social (responsabilidad de los universitarios frente a los desposeídos) que con frecuencia deriva a un discurso revolucionario.⁵ Al mismo tiempo los estudiantes —que son los adalides de estos cambios— no dejan de reclamar medidas que no son estrictamente de reforma sino de disminución de la disciplina académica, como es la supresión de determinados tipos de examen o de requisitos de admisión.

2) Etapa de consolidación, que se produce en la segunda posguerra y particularmente en los años cincuenta. Las universidades tienen un notable crecimiento, a la vez que suelen llegar a su dirección académicos que se forma-

ron en el ambiente de las luchas reformistas de décadas anteriores. Por su parte, los gobiernos en muchos casos han accedido a algunas de las demandas centrales que antes resistían, especialmente la concesión de una autonomía creciente a las casas de estudio en cuanto a gestión administrativa y académica. El movimiento estudiantil ha adquirido una considerable madurez política, diversificando su acción en varios frentes: defensa de la autonomía, participación en el gobierno de las universidades y reivindicación “sindical” de ventajas económicas y académicas para sus agremiados. La organización estudiantil suele funcionar en cercana relación con las autoridades universitarias, sirviendo incluso como ariete institucional para exigir a los gobiernos el cumplimiento de demandas solicitadas por aquéllas. En la UNAM éste es el periodo de relativa calma que hizo pensar a Lesley Byrd Simpson que las protestas estudiantiles eran cosa del pasado.⁶ En todo caso, la socialización de los estudiantes en una cultura política que atiende tanto a la realidad nacional como a la situación interna de las universidades (incluida la discusión de la organización académica) es una constante de esta época en distintos países de América Latina. Cabe agregar que esta socialización era seguramente parcial. Había círculos de intensidad decreciente en la adhesión, que iban desde los militantes estudiantiles de tiempo completo hasta el estudiante sólo preocupado por obtener un título; pero no hay duda de que los núcleos militantes contaban con amplios consensos ideológicos entre los no movilizados (lo que no excluía las fricciones entre distintas posiciones políticas). El consenso también se lograba por la capacidad de las élites estudiantiles de gestionar ventajas para todos los estudiantes (becas, flexibilidad de requisitos académicos, materiales didácticos a precios reducidos, etcétera).

3) Etapa de crisis que sobreviene en los años sesenta. Es difícil reducir todas las causas de este fenómeno a un patrón uniforme. En parte las universidades llegan a una situación de saturación por excesivo crecimiento demográfico. En tal sentido la UNAM es un caso muy representativo de una institución que sufre las consecuencias de la recarga producida por un sistema de educación superior insuficientemente desarrollado, que hasta la fecha mencionada reposaba fundamentalmente sobre una casa de estudios. Esto va a producir un deterioro creciente de la calidad académica y del clima político interno. Pero a la vez que el sistema se satura, el país vive la paradoja de una captación insuficiente de estudiantes por parte de la educación superior.⁷ Por otra parte, y debido a distintas razones, se reavivan los

³ Algunas cuestiones como la del cogobierno estudiantil, discutidas en América Latina desde principios de siglo, no cobrarían vigencia en universidades estadounidenses o europeas (con excepción de España) sino con motivo de las protestas estudiantiles de los años sesenta. Pero la política en sentido amplio podía ser en cambio motivo de debate con anterioridad, especialmente en casos como los de las universidades rusas previas a la Revolución de 1917. Véase Lewis S. Feuer, *Los movimientos estudiantiles. Las revoluciones nacionales y sociales en Europa y el Tercer Mundo*, Buenos Aires, Paidós, 1971, y *El cuestionamiento estudiantil del establishment en los países capitalistas y socialistas*, Buenos Aires, Paidós, 1971. Es por otra parte sintomático que inclusive los férreos gobiernos zaristas del siglo pasado hubieran comprendido la necesidad de dotar de un mínimo de autonomía a las universidades; ver al respecto Franco Venturi, *El populismo ruso I*, Alianza Universidad, Madrid, 1981, Cap. 8, “El movimiento estudiantil”, p. 411.

⁴ Ver sobre estas diferencias Daniel C. Levy, *Higher education and the state in Latin America: private challenges to public dominance*, Chicago y Londres, University of Chicago Press, 1986.

⁵ La UNAM se aparta de esta perspectiva en los años treinta; ver Donald Mabry, *The Mexican university and the state. Student conflicts, 1910-1971*, Texas A&M University Press, College Station, 1982, Caps. 4 a 6.

⁶ L. B. Simpson, *Muchos Méxicos*, México, Fondo de Cultura Económica, 1977, p. 341.

⁷ Hasta el día de hoy, de acuerdo con datos oficiales, sólo el 10% (2.4 millones) de la población económicamente activa de México ha concluido una carrera profesional: “Carlos Jarque: apenas concluyó la primaria 66% de la población económicamente activa”, *Excelsior*, 30 de septiembre de 1993.

conflictos entre universidades y gobiernos, a menudo con trágicas consecuencias. Muchos gobiernos dan marcha atrás en su anterior decisión de respeto a la autonomía. Adicionalmente, el descontento de muchas familias con la situación de las universidades públicas, sumado al estímulo que los gobiernos prestan a la privatización, han propiciado desde los años setenta una diversificación y crecimiento del sistema de educación superior por medio de la proliferación de instituciones de enseñanza privada.

En muchos aspectos aún estamos viviendo los coletazos de esta crisis, con su secuela de transformaciones.

De cara al futuro

Hagamos, si es posible, una apretada conclusión de la experiencia histórica narrada, en el entendido de que lo pasado puede ser también futuro. ¿Cuál es la enseñanza que nos deja el examen de lo que ha sido la tradición política de las universidades? En primer lugar, que los problemas políticos de distinto tipo han sido endémicos, especialmente en las universidades públicas. En segundo lugar, que si bien la política no ha dejado de aparecer en estos centros bajo sus aspectos más negativos, también ha contribuido a formar ciudadanos con sensibilidad social, una meta que las mismas universidades privadas suelen aceptar como deseable. En tercer lugar (y esto es quizás lo más interesante), que diversos actores de la comunidad universitaria frecuentemente se han interesado por civilizar a la política interna, elaborando una verdadera cultura que no se base en una cruda práctica de estrépito y de furia, sino de reflexión y argumentación, como corresponde por lo demás a un ámbito académico. (Ésta es la mejor lección que dejó el proceso que condujo al Congreso Universitario de 1990 en la UNAM, independientemente del logro o fracaso de sus objetivos concretos.)⁸

Por otro lado no se puede evadir la comprobación de que mucho ha cambiado en los sistemas de educación superior y en el papel que la política juega en ellos. Si nos concentramos en el caso mexicano (que reviste en esta etapa características muy similares a las de otros países) veremos que tenemos, en el umbral del siglo XXI, un sistema mucho más diversificado que hace veinticinco años —cuando estalló el conflicto de 1968—, diversificación que se da tanto por vía privada como pública, y ya sea por la apertura de nuevas universidades como de opciones no universitarias de formación superior. Universidades que antes eran señeras en el sistema deben ahora consumir mucho tiempo y energías en recomponer programas, asegurar fondos y estabilizar sus siste-

mas de relaciones internas. Ni siquiera la política universitaria y sus efectos son ya los mismos, en relación con una juventud que a menudo se siente más conmovida siguiendo a cantantes de rock. Las universidades por otra parte no pueden dejar de responder a los cambios de las últimas décadas, con una economía abierta, una evolución acelerada del conocimiento que requiere una actualización constante de las profesiones y una competencia económica dentro y fuera de fronteras que demanda la aplicación de conocimientos científicos y tecnológicos a la producción, en una medida en que no los requería la economía cerrada y protegida que imperaba hasta hace pocos años.

No es de extrañar en este panorama la preocupación por el mercado (o los mercados), un tema del que la universidad tradicional no se cuidaba mucho, no porque no le concerniera sino porque la solidez de la formación profesional de antaño, y el puesto seguro que tenían los egresados en la estructura ocupacional hacían innecesario pensar en ello. También una cierta despolitización que aparece en la juventud de México no menos que en otros países. Pero no hay que ver esto con los ojos cansados del pasado, sino con la idea de que son la política y las sensibilidades políticas lo que está cambiando. El fin de la política, como el fin de la historia, no es más que el comienzo de otra historia.

No sabemos cómo habrá de ser ésta, porque aún vivimos la fase final de una crisis y de un periodo subsiguiente de transformación. Pero por lo que podemos discernir, el debate debe volver a situarse en el campo de los valores. Las universidades —si han de seguir existiendo— no pueden ser, y en esto tenían razón los reformistas del pasado, simples fábricas de titulados o proveedoras de tecnología para una economía competitiva. Sin duda son estos objetivos muy importantes, y el haberlo comprendido es una ganancia. Pero sabemos que en las instituciones educativas, como en toda institución, no actúan roles sino personas integrales, con vicios y virtudes: anhelos, aspiraciones, intereses, frustraciones, creencias y expectativas. La política no es más que todo esto, puesto en movimiento, y es tan utópico pensar que ella arroja siempre efectos progresivos como, en los antípodas, creer que es una realidad artificial que puede ser erradicada de una vez para siempre. En este sentido, el intento no siempre logrado de las universidades públicas latinoamericanas debe ser revalorado: tratar de moldear una fuerza que de todos modos está allí, darle una dirección y un signo constructivo. A la vuelta de la historia los centros de educación superior se encuentran con viejos temas que deben ser reformulados de acuerdo con los nuevos tiempos: educación para la igualdad y la libertad, formación integral, modernización del conocimiento, actualización de la problemática del humanismo, desarrollo científico y tecnológico y, con no menos importancia, combate a los antivalores que vuelven a aflorar en este fin de siglo. ■

⁸ Véanse dos puntos de vista opuestos sobre dicho proceso: Mario Ruiz Massieu, "La universidad detenida", *El Nacional*, México, 1990, y René Rivas O. y Hugo Sánchez G., *UNAM: de la rebelión silenciosa al congreso*, México, El Día en Libros, 1990.